The Library
of the
University of North Carolina

Endowed by The Dialectic

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT CHAPEL HILL

ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

BUILDING USE ONLY

PQ6217
.T44
v. 136
no. 1-28

JDL
BUO

a 00002 57020 2

PQ 6217
.T44
v. 136
n. 1-28

UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA
PROPERTY OF
LIBRARY
AT CHAPEL HILL

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/elbuensantiagoco1361jgs

1414

El Buen Santiago

D. J. G. S.

EL BUEN SANTIAGO.

COMEDIA EN TRES ACTOS,

ARREGLADA AL TEATRO ESPAÑOL

por J. G.-S.

Y REPRESENTADA

EN EL TEATRO DEL INSTITUTO.

MADRID.

IMPRENTA DE FRANCISCO ANDRES Y COMPAÑIA,
Calle del Amor de Dios, num. 15.
1848.

PERSONAS.	ACTORES.
Arturo de Montalan. . . .	*Sr. Rodes.*
Jorge de Restoul.	*Sr. Pastrana.*
Santiago.	*Sr. Calvo.*
Juan.	*Sr. Saez.*
Naranjo.	*Sr. Dardalla.*
La Marquesa de Montalan..	*Sra. Cruz.*
Honorina de Sannois.	*Sra. Fenoquio.*
Rosa.	*Srta. Doña Rita Revilla.*
La Baronesa de Francastell..	*Srta. Romeo.*

Payos y aldeanas, acompañamiento de damas y caballeros. —Monteros y lacayos.

La escena es en Francia, y en un departamento de la Bretaña.—El primer acto pasa en una alquería, el segundo en el palacio de la marquesa de Montalan y el último en una cabaña.

Esta comedia es propiedad de la Sociedad **Espartana**, la cual perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varie el título ó represente en algun teatro del reino, ó en alguna otra sociedad de las formadas por acciones, suscriciones ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las reales órdenes de 5 de mayo de 1847, 8 de abril de 1839 y 4 de marzo de 1844, relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se considerarán como reimpresos furtivamente todos los ejemplares que no lleven el sello de la Sociedad.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa el interior de una alquería. Puertas en el fondo y á los costados. A la derecha una escalera que conduce á una galería con puertas practicables. A la izquierda un arcon, y sobre él un mal tintero y un libro de cuentas.— Aperos de labor.

ESCENA I.

JUAN, NARANJO, JORGE, ALDEANOS Y ALDEANAS.

(*Jorje está con aire pensativo apoyado en el arcon. Juan anda de acá para allá, como lo marcan sus palabras. Los aldeanos y aldeanas, que estan en el fondo, oyen á Juan y van saliendo.*)

JUAN. (*A los aldeanos.*) Es preciso que no descuideis las patatas del lado de abajo... Id á recomponer el soto y las acéquias (*vánse.*) (*A las aldeanas.*) Y vosotras no gritar tanto en el trabajo, que parece un gallinero la bodega (*vánse.*) (*A Naranjo.*) Tú, Naranjo, lleva al molino este trigo.

NARANJO. Eso es! voy á ir cargado como una bestia; bien podia usted darme la borrica...

JUAN. No sabes que se ha perdido?...

NARANJO. Yo creia que como un burro se encuentra en cualquier parte...

JORGE. Pues por eso te encargan á tí...

NARANJO. Vé usted tio Juan, esto no se puede sufrir. Jorge, porque sabe leer, y escribir y contar, se está todo el dia sin hacer maldita la cosa, y soltándome bernardinas y quitándole á cada cual sus conveniencias.

JUAN. Vamos, anda al molino y cállate; Jorje trabaja mas que tú porque lleva las cuentas: y si las muchachas le reciben con buena cara, es porque baila como un trompo, y tiene mas gracia que usted, señor Naranjo; con que menos envidia.

257916

JORGE. Pues no es razon, tio Juan, porque al fin y al cabo yo soy el novio de Rosa, y no me gusta que vaya á solicitarla al palacio vecino de la Sra. Marquesa de Montalan.

JORGE. Bruto, si no hago mas que abrazarla.

NARANJO. Pues ahí es nada... si yo me atreviera á tanto, de un sopapo... Esto, tio Juan, acaba mal...

JUAN. La señora Marquesa está muy contenta de mi sobrina, y la señorita Honorina tambien; con que guarda tu lengua de vívora, y al negocio.

JORGE. (*Con interés, al tio Juan.*) ¡Ha visto usted hoy á la señorita Honorina!

JUAN. Socorriendo á la tia Antonia estaba ayer con una gracia, una bondad...

JORGE. (Es un serafin!)

JUAN. En el palacio de la señora Marquesa su tia, tienen para hoy dispuesta una gran cacería, y regularmente descansarán aquí.

JORGE. (Dios mio!)

NARANJO. Qué gusto...

JUAN. Vamos (*á Naranjo*): cuándo acabas de marcharte? Lleva tambien este saco para el tio Paco, que te pilla de camino (*se lo dá.*) Así descansarás.

NARANJO. Eso es: y me detendré y no veré á Rosa.—Cuánta carga! usted, tio Juan, quiere que yo reemplace á la borrica; pues ni soy su pariente, ni tengo deuda alguna con ella... cada cual que haga lo suyo.

JORGE. Egoista.

JUAN. (*Asomándose al fondo.*) Calla!.. alli viene Santiago el guarda-bosque...

JORGE. Ese vagamundo?...

NARANJO. Pues si parece un duque en lo grave y en lo mandon...

JUAN. Es muy original su vida: siempre anda de ceca en meca sin cuidar de su hacienda: ya se le vé en Paris, ya en estos al rededores...

JORGE. Es de por aquí?

JUAN. Hace veinte años que se apareció en la aldea. Ha hecho beneficios á muchos; y es conocido en diez leguas á la redonda: debe haber sido soldado...

NARANJO. Es un viejo mas misterioso y con mas conchas que un galápago...

JORGE. Recuerdo...

ESCENA II.

DICHOS Y SANTIAGO. (*Entrando por el fondo.*)

SANTIAGO. (*Dirijiéndose á Naranjo.*) Vamos, Náranjo, deja esos sacos y mete esa borrica en la cuadra.

JUAN. La mia se perdió, tio Santiago.

JORGE. Pues si es la que trae este hombre!

JUAN. (*Yendo hácia el fondo.*) Verdad es; y cómo ha sido?

SANTIAGO. Nada: la encontré abandonada en un ejido, y conocí que era la compañera de Naranjo; arreé y ahí la tiene usted, tio Juan.

JUAN. Pero es que hace tres dias...

SANTIAGO. Bien: yo estaba cansado, y me monté y fuí hácia Alenzon con ella; en vez de venderla allí, como hubiera hecho un ladron, te la devuelvo.

JUAN. Eso es: y en tanto no habia quien llevase el apero á la labranza.

SANTIAGO. No todo ha de venir á medida de nuestro gusto.

JUAN. Otra vez, tio Santiago, no disponga de la hacienda agena...

SANTIAGO. Bueno, hombre, ya conozco que la habrás necesitado para vender aquel trigo que echó de menos el ama, y que tú...

JUAN. (*Sobresaltado y acercándose á Santiago.*) Tio Santiago... por Dios (Este maldito viejo lo sabe todo.)

NARANJO. Qué es eso?

JUAN. (*Con viveza.*) Nada... hombre...

SANTIAGO. Le daba razones... y en verdad que las ha comprendido el tio Juan, ¿no es cierto?

JUAN. Vaya... pues nó.

NARANJO. Ello es que hemos estado sin bestia en la alquería.

SANTIAGO. Pues y tú?

NARANJO. Tio Santiago, usted se estrella siempre conmigo, y no hay para qué... porque uno no tenga magin... ni sepa leer ni escribir...

JORGE. (*A Santiago.*) Tio Santiago, parece que tiene usted franqueza con la familia. Mas, se podria saber á qué ha ido usted á Alenzon?

SANTIAGO. Claro que sí... la pregunta es libre, lo mismo que la respuesta.

JORGE. Tiene usted secretos?

(*Juan y Naranjo se acercan al fondo y hablan entre sí.*)

SANTIAGO. Es muy natural! cada uno tiene su alma en su almario (*bajando la voz.*) A propósito; hoy de mañana he pasado por la alquería de tu amo antiguo...

JORGE. Qué dice usted?...

SANTIAGO. Por casa del tio Bartolomé, con quien has estado sirviendo dos años...

JORGE. (*Turbado*). Sí... le conozco...

SANTIAGO. Pero él no te conoce... mira si hay diferencia!...

JORGE. Cómo!

SANTIAGO. Dice que se ajusta las cuentas solo, y que no ha tenido ningun criado con el interesante nombre de Jorge.

JORGE. (*Muy turbado*) Hable usted bajo... mas bajo, por Dios...

SANTIAGO. Bueno, bueno... esto no es mas que para probarte que cada uno tiene sus secretos.

JORGE. (Este hombre lo sabrá todo?)

NARANJO. (*Volviendo al proscenio.*) Y dónde va usted esta tarde, tio Santiago?

SANTIAGO. Al palacio, á ver á la señorita.

JORGE. (*Con viveza.*) La conoce usted?

JUAN. Que si conoce á la señorita Honorina!... pues si es su protector...

SANTIAGO. Su protegido dirás!... Es tan buena!

JUAN. Usted lo merece, tio Santiago; lo que hizo por ella es una accion tan hermosa como un milagro.

JORGE. El tio Santiago ha prestado algun servicio á la señorita Honorina de Sannois?

NARANJO. Casi nada: á estas horas estaria ahogada si no hubiera sido por él.

JORGE. Eso es cierto?...

JUAN. Como la luz del sol... un dia (tenia diez años la señorita) quiso atravesar el estanque en una barquilla acompañada de su primo Arturo, que era ya hombre... En medio, en medio, pataplun!... se volvió la barca, y la niña se fué al fondo, mientras que su primo, nadando como un pez, se vino á la orilla sin darla socorro...

JORGE. (Cobarde!) (*á Santiago*) Y usted, qué hizo?

SANTIAGO. (*Conmovido.*) Estaba algo distante y acudí á los gritos de Arturo. Al llegar vi flotando sobre las aguas un pedazo de tela blanca, que sorbió luego un remolino sordo... Sin reflexion alguna, sin despojarme de mis vestidos, me arrojo de cabeza, llego al fondo, busco por todas partes, sumerjo mis brazos y mi agitado pecho en el lodo... y no hallé nada...

entiendes!... desesperado me hundo otra vez, y recorro un gran trecho por debajo de las aguas; remuevo las espadañas y la sumerjida barquilla... y nada... nada...! me faltaban las fuerzas, las articulaciones de mis brazos estaban doloridas, y sentia que la sangre me inundaba el pecho y el cerebro; pero conservaba la razon y queria morir antes que abandonar mi empresa... Doy un fuerte sacudimiento, y estiendo los brazos hácia la orilla... mi mano derecha tropieza con unas marañas de cabellos, y siento que me asen por la muñeca con una fuerza nerviosa y estraordinaria... Era ella!... Hago el último esfuerzo, salgo á la superficie y arrojo á la niña en los brazos del mayordomo, que estaba al borde del estanque, teniendo ya por segura mi muerte... La salvé, hijo mio... la salvé!...

JORGE. Cuánta felicidad para usted! cómo le envidio...

NARANJO. Pues yo no, que estuvo dos horas sin sentido sobre la orilla, con los ojos colorados como un tomate, y la boca y las narices llenas de sangre...

JORGE. Cuán digno es usted de admiracion, tio Santiago. (*Estrechándole la mano.*)

SANTIAGO. (*Dominando su emocion.*) Siempre es bueno hacer lo que uno pueda por sus semejantes; salvar á una niña es un deber!... por lo demas, bien me lo ha pagado la señorita, porque soy guarda-bosque de su palacio, y vivo á mi manera... y cuento con su proteccion para todo...

JORGE. (*Con viveza y estrechándole otra vez la mano.*) Y tambien puede usted disponer de la mia.

SANTIAGO. No la rehuso... la amistad se alimenta con pequeñeces...

JORGE. Es usted un valiente.

SANTIAGO. Porque sé nadar?

ESCENA III.

DICHOS Y ROSA. (*Por el fondo.*)

ROSA. Guarde Dios la buena compañía.

NARANJO. Rosita!

JUAN. Calla! mi sobrina.

ROSA. Qué guapo está usted... (*Abraza á su tio.*) Ola tio Santiago... Jorge, me alegro verte tan animado...

NARANJO. Pimpollo... y para mí no hay nada!

ROSA. Estabas aquí... bestia!

NARANJO. Todos lo mismo.
JUAN. Por qué has venido?
ROSA. Mañana hay fiesta en casa de mi tia, y la señora Marquesa me ha dado licencia para que vaya.
JUAN. Y quieres ponerte los trapitos de cristianar?
ROSA. Se supone... y que me preste usted la borrica.
JUAN. Eso es: y la harina?
ROSA. (*Acariciándole.*) Vamos, tio Juan, usted que es tan bonachon va ahora á oponerse?... es cosa hecha. (*Le abraza.*) Viva mi tio Juan.
JUAN. Qué retrechera es!
NARANJO. Demasiado.
JUAN. Voy á gobernártelo todo. (*á Rosa.*) Me la volverás?
ROSA. Pues nó que nó.
(*Juan sale por la derecha. El tio Santiago desde el comienzo de la escena está sentado junto al arcon, examinando su carabina.*)

ESCENA IV.

DICHOS MENOS JUAN.

JORGE. Y estarás mucho tiempo por allá?
ROSA. Tres dias: si no lo hubiese prometido, no iria; porque hay esta noche un baile en el Palacio de mi señora la Marquesa, que será lo mejor que se haya visto en estas tierras. Como han venido unos señores de París...
NARANJO. Eso es... sientes no estar en la antesala para jugar con los señoritos y con el señor Arturo.
ROSA. Bien haces en llamarte Naranjo...
JORGE. Sí, el nombre conviene con sus cualidades.
NARANJO. Decid lo que querais, pero ello es que Rosa espera atrapar alguno de esos señorones para casarse, sin tener en cuenta lo que yo la quiero... ingrata!
ROSA. Yo?...
NARANJO. Tú: desde que el Baron contrajo matrimonio con una aldeana de Passais, todas quieren alcanzar igual fortuna.
JORGE. Rosa puede confiar, porque es muy linda.
NARANJO. Sí? pues tal vez tenga ya algo adelantado.
ROSA. Sabes?
NARANJO. El guarda me lo ha contado todo.
JORGE Y qué ha dicho?
NARANJO. Que habia un galan invisible que por las noches en-

traba en el parque y ponia un ramo de flores en la primera ventana del pabellon de la derecha.

JORGE. (*Con viveza.*) Dónde tiene su cuarto la señorita Honorina?

ROSA. Es decir, donde le tenia, porque hace ocho dias que es aquella mi habitacion.

JORGE. La tuya.

NARANJO. Sí: desde el segundo dia que hubo ramillete.

JORGE. (Dios mio!)

SANTIAGO. (*Escuchando.*) (Qué oigo!)

ROSA. Pues señor... (*Dándole golpecitos en la barba.*) Naranjito; ese desconocido me ama, me adora, y yo he destrozado su corazon... porque asi lo dice en sus versos...

JORGE. Y esos versos los has leido tú?

ROSA. No: es muy dificil para mí semejante tarea...

NARANJO. No sabe... le estorba lo negro; lo mismo que á mí...

ROSA. Se los he dado á la señorita Honorina, que dice con mucha formalidad que son para esta personita, y que son muy bellos.

JORGE. De veras?

ROSA. Se los sabe de memoria; siempre está diciendo el comienzo:

Tus ojos de azul de cielo.

NARANJO. Pues los tuyos son negros.

ROSA. Eso no le hace: los poetas dicen que lo pueden todo, y habrá cambiado los colores.

NARANJO. Ya verás cómo arreglo á ese señorito tintorero: esta noche le voy á echar mi perro...

JORGE. (Ola!...)

ROSA. Y tú, qué tienes que ver?

NARANJO. Si le dejo! no haré nada: llevo á Capitan, lo acuesto debajo de la ventana, y él dará cuenta del caballerete.

ROSA. Se lo diré á la señorita Honorina, que se interesa por ese desconocido!

JORGE. Estás cierta de lo que dices?

ROSA. Vaya! pues si me habla de él á cada paso, y se guarda el ramillete...

JORGE. Encantadora Rosa. (*La abraza.*)

NARANJO. Eso es!... soy el mas desgraciado de la tierra.

SANTIAGO. (*Acercándose.*) Qué es eso... por qué te apesadumbras, hombre?

NARANJO. Porque todos conspiran contra mí... nada mas que por ser bestia...

(*Se oyen trompas de caza y gritos de ojeadores.*)

JORGE. (*En el fondo.*) Vienen los señores del palacio.

ROSA. Y con ellos las forasteras.

JORGE. La señorita Honorina me parece que falta.

ROSA. Estará en casa del guarda, porque su hija tiene una enfermedad de peligro... Naranjo, avisa á mi tio.

NARANJO. Voy.

SANTIAGO. Tengo sueño.

JORGE. Suba usted á mi cuarto y repose un rato (*Santiago sube á la galería, y entra en uno de los aposentos. Jorge sale por la derecha, y Naranjo por la izquierda.*)

ESCENA V.

LA BARONESA DE FRANCASTELL, ARTURO, LA MARQUESA DE MONTALAN, DAMAS Y CABALLEROS, MONTEROS DE CAZA. *Despues un criado.*

MARQUESA. Qué cansado es el campo: siempre lo mismo!

ARTURO. No soy de vuestra opinion, mamá; el horizonte, las montañas, los bosques, el aire que aquí se respira me parece delicioso.

BARONESA. Entrad, señores. Esto es encantador: estamos en una alquería verdadera con todos sus accesorios.

ARTURO. No se parece á las del teatro de la ópera; pero se respira aquí mejor que en aquella atmósfera de gas.

BARONESA. Qué felicidad estar y vivir en estas soledades! Cuánto me gusta la sencillez campestre... Debo estar despeinada... ya se vé, faltan espejos...

MARQUESA. Rosa se mira en el estanque.

ARTURO. Dicen que parece un lago...

UN CRIADO. (*Por el fondo.*) Estas cartas para la señora. (*Váse.*)

BARONESA. Vamos á ver ese océano artificial: venid, señores, en tanto leerá su correspondencia la Marquesa.

TODOS. Vamos. (*Salen por la izquierda.*)

ESCENA VI.

LA MARQUESA, ARTURO.

MARQUESA. Esta es para tí. (*Dándole una carta á su hijo.*)

ARTURO. Parece del administrador.

MARQUESA. (*Leyendo.*) Dios mio!

ARTURO. Qué?...

MARQUESA. Mr. Lefort me dice que nuestros acreedores no se avienen; que piden el embargo!... El administrador dará detalles...

ARTURO. (*Recorriendo rápidamente su carta.*) Sí: me habla de embargo, de ventas en pública subasta, de la enagenacion de nuestro palacio!...

MARQUESA. El palacio de los Montalan! imposible!

ARTURO. (*Entregándole la carta.*) Véala usted, madre mia... Un mes nos dan de plazo, y ya han pasado diez dias!...

MARQUESA. Con que estamos arruinados!

ARTURO. Asi debe ser... la revolucion nos dejó reducidos á treinta mil libras de renta, y usted gasta ochenta!

MARQUESA. Era preciso sostener nuestro rango.

ARTURO. Sí, pero pero hace dos años que lo sostienen nuestros acreedores.

MARQUESA. Esto es un honor para ellos, si recuerdan lo que somos. Nuestra bisabuela fué una belleza de moda en tiempo de Luis XIV... y bailó con el gran rey...

ARTURO. Tantas mujeres bonitas bailaron con Luis XIV...

MARQUESA. No es tiempo de burlas; Arturo, por tus venas corre la ilustre sangre de los Montalan, y debes mostrarte digno descendiente de tan insignes varones. Esta cuestion es de vida ó muerte.

ARTURO. Quisiera saber un medio para evitar esta catástrofe... (*Santiago aparece en la galería, y oyendo este diálogo se detiene.*)

MARQUESA. Hay uno, y tú le sabes... cásate con Honorina: la fortuna nos pone en las manos su riquísimo caudal: debias haber preparado á tu prima... pero eres tan descuidado...

ARTURO. Me hallo bien con la vida de soltero... y siento...

MARQUESA. Debe usted hermanar sus gustos con sus deberes, y este es uno (*bajo.*) No sabes que he pedido cuantiosas sumas á su administrador, y que casándose con otro...

ARTURO: Lo sé, por mi desgracia.

MARQUESA. Nuestro reposo, nuestra reputacion, todo depende de este matrimonio. El patrimonio de Honorina Sannois es considerable; con él haremos frente á nuestros acreedores, y podremos doblar nuestro fausto.

ARTURO. Mil razones le asisten á usted, pero consentirá mi prima?

MARQUESA. Está comprometida para con el mundo. La intimidad aparente que existe entre nosotros ha hecho que todos crean este matrimonio como convenido, y como inevitable.

ARTURO. Es decir que desde hoy comienzo á pretender, y que mañana debo esplicarme...

MARQUESA. Qué bueno eres, Arturo! (*Vánse por la izquierda.*)

ESCENA VII.

SANTIAGO (*bajando por la escalera de la galería, y viendo salir á la marquesa y á su hijo.*)

SANTIAGO. No tanto como tú quisieras... Quiere usted, señora marquesa, casar á los dos primos?... Con el dote de Honorina Mr. Arturo pagará sus deudas, derrochará lo restante en el juego, con las bailarinas de la ópera, en las apuestas del jockey club!... Ah! esto no lo lograreis... en Paris llaman leones á estos caballeretes, sin duda porque todo se lo tragan; mas yo le cojeré antes de la melena y le haré pedazos como á una rama seca. Honorina de Sannois merece un hombre que la ame por sus virtudes... que se consagre á hacerla feliz... solo deseo saber su voluntad. Mas, aquí viene.

ESCENA VIII.

SANTIAGO, HONORINA, (*entrando por el fondo.*)

HONORINA. (*Sin ver á Santiago.*) Habré hecho esperar á la Marquesa. Estas pobres gentes son tan desgraciadas! (*viendo á Santiago.*) Ola, estás aquí, buen Santiago.

SANTIAGO. (*Con respetuoso contento.*) Sí, señorita.

HONORINA. Cuánto tiempo hace que no te veia, buen amigo: he preguntado tantas veces por tí...

SANTIAGO. Es usted bondadosa como un ángel; estará usted cansada: siéntese en esa silla... cerraré las puertas, porque son muy malas estas corrientes de aire...

HONORINA. (*Sonriéndose.*) Cómo me cuidas... buen Santiago... siempre pensando en los medios de tenerme contenta; mimándome como á una hija...

SANTIAGO. Y usted, señorita, no ha curado mis heridas con sus delicadas manos?...

HONORINA. Nunca olvidaré que te debo la vida... y bien quisiera que mejorases de posicion... soy rica...

SANTIAGO. (*Interrumpiéndola brúscamente*) Calle usted, señorita. Me ha prometido otras veces que no se hablaria mas de eso... Los pobres no podemos dar mas que cariño; pero cuando es tan honrado como el mio... no se paga con dineros.

HONORINA. Santiago, perdóname, no he querido lastimar tu pundonor. (*Le dá la mano.*)

SANTIAGO. Lo sé. (*Le besa la mano.*) Tiene usted el corazon tan hermoso como el semblante.

HONORINA. Lisonjero!

SANTIAGO. Todos lo dicen! de ello me hablaba ahora el muchacho que le ajusta las cuentas al tio Juan. Le conoce usted?

HONORINA. Nó.

SANTIAGO. Es la manzana de la discordia para las aldeanas de estos contornos... guapo chico... canta como un jilguero... y hace versos.

HONORINA. Seria curioso!...

SANTIAGO. (*Señalando á la derecha.*) Mírele usted, ahora atraviesa por el patio.

HONORINA. (*Con emocion.*) Dios mio!

SANTIAGO. Le ha visto usted? (Le conoce y le ama!)

HONORINA. (*Turbada.*) Sí... creo recordar... me parece...

SANTIAGO. Justamente viene hácia aqui; si usted quiere... le obligaremos á que cante...

HONORINA. (*Con viveza.*) Nó... es inútil... á Dios, la marquesa me espera. (*Entra por la izquierda.*)

ESCENA IX.

SANTIAGO, JORGE. (*Entrando de prisa por el fondo.*)

SANTIAGO. (*Aquí está Jorje.*) Qué buscas?

JORGE. No estaba aquí la señorita Honorina?

SANTIAGO. Acaba de salir, despues de estar conmigo en conversacion tirada.

JORGE. Ha hablado con usted... y qué le ha dicho?

SANTIAGO. Nada formal. (*Observándole.*) Es tan voluble. (*Veamos lo que piensa.*)

JORGE. Qué dice usted?

SANTIAGO. Que á mí no me gustan esas ligerezas.

JORGE. (*Con altivez.*) Cómo!

SANTIAGO. Y eso que debia aprovecharme de esta faltilla, porque entro á todas horas en el palacio que tienen en la aldea cercana de los marqueses de Montalan.

JORGE. Y bien?

SANTIAGO. Que si quisiera podria servir de correo á todos los caballeros que la solicitan.

JORGE. Es posible!... usted!... usted se prestaria?

SANTIAGO. Con tal de complacer á la señorita?

JORGE. (*Colérico.*) Tio Santiago, tenia yo á usted por un hombre de corazon, y... honrado...

SANTIAGO. Báh!... tú no conoces las mujeres!...

JORGE. (*Queriendo reprimirse.*) Silencio! dejemos esto.

SANTIAGO. La señorita es coqueta y...

JORGE. (*Muy irritado.*) Vive Dios!.. callará usted?

SANTIAGO. Es que tengo en qué apoyarme!

JORGE. (*Furioso, le amenaza.*) Miserable!

SANTIAGO. (*Cambiando de espresion y alargándole la mano.*) Es usted un caballero!

JORGE. (*Admirado.*) Cómo!

SANTIAGO. Sé todo lo que necesitaba... perdone usted, señor conde, que á tanto me haya atrevido (*Se descubre.*) Es inútil ya ese disfraz; usted no es Jorge Rivaud, sino el conde de Restoul.

JORGE. Cielos!

SANTIAGO. Aquí ha venido usted siguiendo á la señorita Honorina de Sannois: usted ha puesto ramilletes todas las noches en su ventana.

JORGE. Habla bajo... por Dios... cómo has sabido?...

SANTIAGO. He ido á Alenzon con este objeto.

JORGE. En vano lo negaria... la amo con todo mi corazon!

SANTIAGO. Y ella?

JORGE. No lo sé... por eso he venido...

SANTIAGO. Y ese disfraz?...

JORGE. No podia ser presentado en el palacio, porque un ódio inveterado divide á entrambas familias: los Montalan defendieron la causa de la tiranía: mis abuelos la del pueblo: estando en Alemania intenté una reconciliacion, y la marquesa me ha desairado. He preferido venir á esta quinta, porque á sus cercanías suele llegar Honorina en sus incursiones...

SANTIAGO. Con que desea usted ver á la señorita?

JORGE. Mas cómo llegar hasta ella?

SANTIAGO. Le conoce á usted la marquesa?... le ha visto á usted Arturo?...

JORGE. No.

SANTAIGO. (*Hablando para sí.*) Rosa está en casa de su tia... (*Reponiéndose vivamente.*) Tiene usted aquí su traje verdadero?

JORGE. Y mi caballo.

SANTIAGO. Pues cobre usted ambas cosas.

JORGE. Qué vas á hacer?

SANTIAGO. A llevar á usted esta noche á la aldea, y á presentarle en el palacio de la Marquesa de Montalan.

JORGE. Cuánta felicidad!

SANTIAGO. No hay tiempo que perder; en el camino esplicaré á usted todos mis planes. (*Jorge sube rápidamente la escalera, y se entra en uno de los aposentos. Santiago sale por la derecha. Se oye el rumor lejano de una tempestad que va arreciando hasta concluirse el acto.*)

ESCENA X.

LA BARONESA, LA MARQUESA, ARTURO, JUAN, CON EL DEMAS ACOMPAÑAMIENTO POR LA IZQUIERDA.—VARIOS CRIADOS Y MONTEROS POR EL FONDO.

MARQUESA. (*A los criados.*) Vamos, disponed los caballos, y pronto en marcha, que la tempestad ha de ser horrible. (*Salen aquellos.*)

ARTURO. Y viene encima á pasos de gigante.

JUAN. Podrán ustedes llegar al palacio sin mojarse.

UN CRIADO (*Que sale.*) Señora, todo está pronto.

TODOS. Vamos.(*Vánse. Se oyen trompas de caza que dan la señal de partida.*)

JUAN. (*En medio del foro.*) Orgullosos, se van sin agradecer mis obsequios, sin despedirse. Creerán que somos de otra naturaleza!... (*Váse por la izquierda.*) *De seguida aparece por el fondo Santiago y le hace seña á Jorge, que envuelto en una capa ha asomado á la puerta de su aposento; atraviesan el teatro, se unen en el fondo y cae el telon.*

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa un salon gótico adornado con retratos de familia y trofeos de armas. En primer término los retratos de un caballero con el uniforme blanco de los vendeanos y el de una señora vestida á lo Luis XIV. *Puertas á derecha é izquierda, un velador, un sofá y otros muebles elegantes y ricos.*

ESCENA I.

PRIMERO LA MARQUESA, DESPUES ARTURO.

MARQUESA. (*En el fondo á un criado.*) Prepara una habitacion para Mr. Durand.

ARTURO. (*Entrando por la derecha.*) Para qué quiere usted á ese abogado.?

MARQUESA. Necesito consultarle.

ARTURO. Entre el tumulto de un gran baile ponerse á tratar de pleitos...

MARQUESA. A la habitacion en que estamos, que es el aposento de tu prima, no llega el ruido de la fiesta.

ARTURO. Ola! no conocia esta reforma... Estos son nuestros venerables abuelos; sus retratos componen una verdadera galería histórica. Qué feos son algunos! (*Examinándolos.*) Esta es la ilustre señora que bailó con el gran rey?... (*Deteniéndose ante los retratos que estan colocados en primer término.*) Y este airoso militar parece el padre de Honorina: gallarda apostura...

MARQUESA. Está con el uniforme de los vendeanos... Murió defendiendo la causa del rey!...

ARTURO. Aquí no está Madame Sannois, la madre de mi prima?

MARQUESA. No: como el matrimonio de mi hermano tuvo por objeto únicamente recomponer su fortuna...

ARTURO. Oh sí! el buen especiero que tuvo la honra de ser su suegro, le proporcionó cien mil francos de renta líquida, y aun le adelantó algunas cantidades... ahora no se encuentran suegros de esta especie.

MARQUESA. Este matrimonio, que echaba un borron en nuestros blasones, es preciso olvidarle, y he mandado quitar de aquí por eso el retrato de Hortensia.

ARTURO. Pues mi prima profesa á su madre un cariño que raya en idolatría!

MARQUESA. Espero que tú ocupes su corazon con otro sentimiento.

ARTURO. He tentado el peligro, y me parece que triunfaré.

MARQUESA. Tú no eres tonto...

ARTURO. Al menos no he consentido que nadie me lo diga impúnemente.

MARQUESA. Eres demasiado caballero para que nadie se atreva á decirte la verdad... para eso manejas todas las armas, para defender tus defectos y hacer buenas tus ligerezas. Díme, conoces á ese gallardo jóven que nos ha traido el buen Santiago?

ARTURO. No, madre mia, pero su porte es el de un noble, y como la tempestad le ha obligado, segun dice, á desistir de su visita á nuestro ilustre vecino, el conde de Lanzac, he creido que debia ofrecerle franca hospitalidad, convidándole al baile: su caballo es el que ganó premio en las carreras de este verano...

MARQUESA. Y que tú no compraste por lo caro?...

ARTURO. Ya vé usted que esto no deja de ser una prueba...

MARQUESA. Sí: ven y me le presentarás. (*Vánse por el fondo.*)

ESCENA II.

HONORINA. (*Sola.*)

No tengo el alma dispuesta para el sarao!... la impaciencia me devora y agota las fuerzas de mi corazon. He visto entrar al buen Santiago huyendo de la tempestad; quisiera verle... preguntarle...

ESCENA III.

HONORINA, SANTIAGO. (*Por la izquierda.*)

SANTIAGO. Señorita!
HONORINA. Ah!... iba á buscarte... á pedirte noticias...
SANTIAGO. Señorita!... (*Mirándola con admiracion de arriba abajo.*)
HONORINA. Qué te admira!
SANTIAGO. Está usted tan hermosa con ese traje blanco...
HONORINA. Santiago! esa es una galantería!
SANTIAGO. Señorita, hablo con toda la sinceridad que cabe en un corazon honrado. Es imposible ver á usted, oirla sin admirarla, sin amarla. Hace poco que me repetia estas mismas palabras el forastero que he traido al palacio. (*Jorge aparece en la puerta de la derecha.*)
HONORINA. Me conoce?
SANTIAGO. Y usted á él.
HONORINA. Yo!
SANTIAGO. (*Señalando á Jorge.*) Hélo aquí.

ESCENA IV.

DICHOS, JORGE.

HONORINA. Cielos! el conde de Restoul.
JORGE. Honorina! Por Dios, tú sola conoces aquí mi nombre.
HONORINA. Caballero, esto es una imprudencia! de un momento á otro puede saberse...
JORGE. Todo lo he aventurado por verte.
HONORINA. No estamos solos. (*Señalando á Santiago.*)
JORGE. Ese hombre sabe todos nuestros secretos; sabe tambien mis proyectos, porque son de tal naturaleza, que pueden decirse públicamente. (*Santiago se va hácia el fondo.*)
JORGE. Ahora rechazarás...
HONORINA. (*Interrumpiéndole.*) Permita usted, caballero, que me retire.
JORGE. Oh! no, me oirás. Estoy cansado de sufrir y de guardar consideraciones al mundo, cuando es recta mi intencion, santo mi propósito. Solo á tí necesito dirijirme para repetir que te amo con toda el alma mia!
HONORINA. Jorge!

JORGE. Oh! estas palabras ardientes no deben ofender tu pudor! Mi amor es respetuoso; suplica, solo demanda que le concedas el derecho de esperar; pide un consuelo emanado de tus divinos lábios.

SANTIAGO. (*Ap.*) Bien.

JORGE. No me respondes?.... Una sola palabra, Honorina: concédeme al menos el placer de verte.

HONORINA. (*Turbada y con coquetería.*) Creo que no necesitas mi licencia! pues estás poco menos que á mis piés.

JORGE. Me permites que permanezca en este palacio?

HONORINA. Qué puedo yo decirte?... Esta no es mi casa... la marquesa...

JORGE. Ah! no me ama!

HONORINA. Dios mio, que no le amo!

JORGE. Perdona, Honorina mia! Tus ojos se bañan en lágrimas. (*Le estrecha una mano, que Honorina le abandona, y se la besa.*)

SANTIAGO. Rosa viene: no debe reconocer á usted, señor conde.

HONORINA Ah! sí, vamos al salon.

ESCENA V.

DICHOS, ROSA. (*Jorge procura no volver el rostro hácia Rosa.*)

ROSA. Buenas noches, señorita.

HONORINA. Te creía en la fiesta de que ayer me hablaste.

ROSA. No he tenido yo la culpa.

HONORINA. Cómo?

ROSA. La tempestad ha sido tan terrible, que el rio ha salido de madre, y no he podido pasar á la opuesta ribera.

HONORINA. Pues bien, véte á reposar.

ROSA. Señorita, me he mudado los vestidos y me hallo bien: queria ver el sarao.

HONORINA. Yo mando que te retires.

ROSA. (Qué manía!)

HONORINA. (*A Jorge.*) Vamos, señor conde. (*Salen asidos del brazo; pero Rosa observa que el abanico de la señorita ha quedado sobre el velador, le coje y se dirije al foro.*)

ROSA. Caballero? se deja usted el abanico de la señorita.

JORGE. (*Se vuelve maquinalmente.*) Ah!

ROSA. (*Estupefacta.*) Oh! (*Váse Honorina y Jorge.*)

ESCENA VI.

ROSA, SANTIAGO.

ROSA. (*Siguiendo á Jorge.*) Es posible!... si estaré soñando!... Jorge!...

SANTIAGO. (*Deteniéndola.*) Qué es eso?

ROSA. Es su misma voz... su mismo cuerpo con un traje mas elegante.

SANTIAGO. Qué dices?

ROSA. Tio Santiago, ese caballero es el criado que estaba sirviendo en la alquería de mi tio Juan...

SANTIAGO. Bah!

ROSA. De seguro... apuesto á que Naranjo le reconoce como yo...

SANTIAGO. Tú estás loca.

ROSA. Voy á buscarle, y verá usted...

SANTIAGO. Cállate...

ROSA. Pero es cierto?...

SANTIAGO. (Mejor será decírselo todo.)

ROSA. Es el que ajustaba las cuentas á mi tio Juan; vaya si le conozco, me gustaba tanto!

SANTIAGO. (*Con misterio.*) No se llama Jorge: es el conde de Restoul.

ROSA. Cómo! el que me decia tan dulces palabras y tan amorosas razones es un conde!

SANTIAGO. Sí: el mismo que ponia ramilletes en la ventana del pabellon, y versos envueltos con cintas de color.

ROSA. Y todo aquello?...

SANTIAGO. Era por tí.

ROSA. Pero estaria disfrazado?

SANTIAGO. Para verte.

ROSA. Y por qué ha venido á este palacio?

SANTIAGO. Para estar mas cerca de tí.

ROSA. De mí?...

SANTIAGO. Lo que oyes!... tú le has hechizado, le has embrutecido; no piensa mas que en tí, y obtendrás de él cuanto quieras... como la aldeana de Passais...

ROSA. Que se casó con un baron?

SANTIAGO. Este es conde... tú vas mejor...

ROSA. Pero no me engaña usted, tio Santiago?... con que seré condesa, y tendré magníficos trages, y sombrerito, y lacayos y mandaré con altanería. Esto es delicioso.

SANTIAGO. Sí; mas para salir bien de tu empresa, es preciso destreza... sobre todo no demostrar que conoces al conde.

ROSA. Cómo!... no decirle nada?...

SANTIAGO. Con los hombres es preciso dignidad, dejar que ellos se adelanten.

ROSA. Sí, siempre se adelantan.

SANTIAGO. No se les concede nada: ellos se enardecen, y se consigue cuanto se desea.

ROSA. Calla, calla, tio Santiago, quién le ha enseñado á usted esas cosas?

SANTIAGO. Tú, picaroncilla!... cómo tratas á Naranjo?

ROSA. Si reconociese al conde estábamos perdidos, y el caso es que ha de venir aquí esta noche.

SANTIAGO. Es preciso que te deshagas de él...

ROSA. Cosa muy fácil para mí. Voy á armar una magnífica riña.

SANTIAGO. Para todo cuenta conmigo.

ROSA. (*Con aire de proteccion.*) Cuando sea condesa os premiaré. (*Vánse por la derecha.*)

ESCENA VII.

ARTURO. (*Entra dándole el brazo á*) HONORINA, (*y la*) MARQUESA (*Les sigue apoyada en el de* JORGE: (*Despues la*) BARONESA DE FRANCASTELL.

ARTURO. (*A Honorina.*) Aquí, prima mia, podremos al menos respirar.

HONORINA. (*Viendo á Jorge.*) Por qué te molestas, Arturo, yo hubiera venido sola.

JORGE. (*A la marquesa.*) Marquesa, siento mucho haber sacado á usted del salon.

MARQUESA. Nó: asi verá usted nuestra galería de familia.

JORGE. (*Aparentando mirar los cuadros, y observando á Honorina.*) Oh! sí! la rama de los Montalan es muy ilustre, está enlazada con los reyes de Francia!...

MARQUESA. En tiempo de Luis XIV ya era famosa; pero como una de nuestras abuelas... por aquellos tiempos...

JORGE. Bailó con el gran rey...

MARQUESA. Usted sabia? (Este jóven es muy instruido.)

LA BARONESA. Qué calor! (*La marquesa se sienta en un sofá á la derecha. Jorge se queda de pié apoyado en el respaldo. Honorina se acerca al velador que está del lado*

de Jorge, que le mira. Arturo la sigue. Madame Francastell queda en medio.)

ARTURO. (*A Madame Francastell.*) Cómo quedan las intrigas del salon?

LA BARONESA. Admirables; este otoño tendremos en París muchas bodas; el campo es delicioso para los amantes.

ARTURO. Usted continúa con su manía, arreglando matrimonios siempre y por siempre...

LA BARONESA. Ahora la ocupacion mia es muy sencilla; me basta con acercar á los que buscan dote á aquellas que lo tienen. Tengo en estos dias una magnífica proporcion. Una vendeana con doscientos mil francos de renta. Habia pensado en usted, Arturo.

ARTURO. En mí!

MARQUESA. Mi hijo tiene otros proyectos mas nobles.

LA BARONESA. Ya sé que, sin buscar la felicidad, se le ha entrado por las puertas.

JORGE. (Qué dice!)

HONORINA. (Cómo!)

LA BARONESA. No te turbes por eso.

HONORINA. Señora, no he puesto atencion en lo que usted hablaba, ni creo que me interesa.

LA BARONESA. Por qué baja usted los ojos? entonces, por qué se ruboriza?

HONORINA. Señora, usted se engaña, yo...

MARQUESA. Baronesa!...

BARONESA. Tiene usted razon... me he adelantado mas de lo que debia. (*A Arturo.*) Perdone usted Arturo... señorita... (*A Jorge.*) El señor es demasiado caballero para que no contemos con su discrecion.

JORGE. Ciertamente... señora... (*Se oye la música lejana del baile.*)

BARONESA. Voy á tomar mi pareja, porque el vals comienza. (*A Jorge.*) Caballero, quiere usted darme el brazo?

JORGE. Estoy á las órdenes de usted.

BARONESA. Vámonos, y dejemos libres á los enamorados.

ESCENA VIII.

ARTURO, LA MARQUESA DE MONTALAN, HONORINA.

HONORINA. (Tendrá algun motivo la baronesa!)

MARQUESA. (*Bajo á Arturo.*) La ocasion es muy favorable: es-

pero que te declares. (*Arturo cierra como distraido la puerta del fondo; la marquesa se acerca á Honorina.*) El aturdimiento de la baronesa te ha causado estrañeza?

HONORINA. Estoy, señora, sorprendida...

ARTURO. Delante de un estraño me ha parecido gravísima la imprudencia.

MARQUESA. Esto prueba, hijo, que las situaciones dudosas son muy falsas... Tu entusiasmo por Honorina es público, y para justificarlo debes...

ARTURO. Tengo vivos deseos de hacerlo... Anhelaba que mi prima me conociese bien... merecerla, y por eso he callado hasta ahora; pero mis acciones, mas elocuentes aun que mis palabras, deben haberle dado á conocer mi amor.

HONORINA. Tu amor!... es posible!...

MARQUESA. Lo dudas, hija mia?...

HONORINA. Señora!...

MARQUESA. (*Acercándose.*) Por qué esa turbacion?... la estacion es favorable para mí, llena todos mis deseos, y espero que no contrariará los tuyos.

ARTURO. Habla, por Dios... dí...

HONORINA. (*Con dificultad.*) perdóname, Arturo... Marquesa... este acontecimiento es para mí tan imprevisto...

ARTURO. Vacilas!...

MARQUESA. Es imposible!... su reputacion está comprometida; á ello se vé obligada...

HONORINA. Cómo?...

MARQUESA. Piensa usted que se pueden aceptar impúnemente los obsequios... de un jóven, de un caballero? todo el mundo piensa lo que acaba de oir á la baronesa? Está usted comprometida por el bien parecer, por su honor, y creo que mi hijo no habrá dado motivo alguno...

HONORINA. Yo no he dicho, señora...

MARQUESA. Entonces solo puede usted oponer un capricho para deshacer este formal compromiso? No espere usted, Honorina, que ceda; este matrimonio se efectuará; porque así debe ser, porque yo lo quiero!

HONORINA. Ah: (*Con dignidad.*) Perdone usted, marquesa; sé los respetos que he de guardarle; sé tambien los que me debo á mí misma; mi silencio ha sido muy elocuente, y esperaba que lo hubiesen ustedes entendido; mas supuesto que me obligan á responder...

ARTURO. Bien, qué?

HONORINA. Rehuso.

MARQUESA. Dirá usted al menos la razon!

ARTURO. No la ha comprendido usted! sin duda otro ocupa ya el corazon de mi prima; por él sufrimos tan injurioso desaire!... no vé usted cómo baja los ojos esta señorita?...

MARQUESA. Honorina!

ARTURO. Pero no me resigno fácilmente: se me han hecho concebir esperanzas públicamente; se me ha considerado como su prometido; y... usted en tanto alimentaba el engaño para mejor...

HONORINA. Caballero...

ARTURO. (*Interrumpiéndola.*) No sufriré tal humillacion! Juro por mi honor, que he de pedirle cuenta de sus proyectos á mi rival, y que uno de los dos ha de sucumbir en el campo!

HONORINA. Dios mio!...

MARQUESA. Oye usted, señorita... habrá escándalo... un duelo...

ARTURO. Sí, madre mia...

MARQUESA. (No, no; sabré obligarle á ceder.) (*Acercándose á Honorina.*) Espérese usted aquí, señorita, pronto vuelvo, y lo que ahora rehusa lo pedirá de rodillas.

HONORINA. (De rodillas!)

MARQUESA. Espere. (*Sale con Arturo por el fondo.*)

ESCENA IX.

HONORINA. (*Sola.*)

Que querrá decirme?... estas amenazas!... nada tengo que temer... Dios mio, cuán desgraciada soy!... sola, sin un consejero fiel... madre mia!... (*Besa un medallon que lleva al cuello.*) Este mudo recuerdo es para mí un amargo consuelo: lo único que de tí me queda! No han querido que tu imágen brille entre estos ilustres caballeros, y yo la he guardado en el seno junto á mi corazon! Hacen bien: tú eres mas pura; nunca se manchó tu frente con el emponzoñado hálito de los palacios!... Inspírame en tan duro trance, porque el corazon me anuncia un peligro cercano... dame tu fiera virtud para resistirles... tu ingenio para no lastimar su exagerado orgullo... Jorge!... Jorge mio!... (*Queda abismada al lado del velador.*)

ESCENA X.

SANTIAGO. (*Por la izquierda*) HONORINA.

SANTIAGO. Naranjo está ya lejos, y el conde no corre el peligro de ser reconocido... avisaré á Honorina. (*Viéndola.*) Cálla, está aquí.

HONORINA. (*Asustada.*) Ah!... quién?...

SANTIAGO. Cómo!... señorita!... qué hacia usted?...

HONORINA. Yo?...

SANTIAGO. (*Mirándola con interés.*) Sus ojos de usted estan llenos de lágrimas. Estrecha usted ese medallon contra su pecho... ese retrato!...

HONORINA. Es el de mi madre. (*Mostrándoselo.*)

SANTIAGO. Ah!

HONORINA. Te admira!

SANTIAGO. Es ella! es ella!

HONORINA. (*Acercándosele con interés.*) Has conocido á mi madre?... dí?... por qué me lo ocultabas?...

SANTIAGO. Sí... lo habia prometido... debia!...

HONORINA. Habla... sus recuerdos me alentarán... te lo suplico!...

SANTIAGO. No, no, es imposible!

HONORINA. Buen Santiago, único amigo mio....

SANTIAGO. (*Enternecido.*) No puedo.... jamás... jamás. (*Se va por la derecha.*)

HONORINA. Qué significa todo esto... Ese hombre debe conocer algun secreto que no quiere confesar.... yo le obligaré á que me lo revele....(*Va á salir.*)

ESCENA XI.

LA MARQUESA, HONORINA.

MARQUESA. Espere usted, señorita.

HONORINA. La marquesa!

MARQUESA. La habia prometido á usted que volvería, y héme aquí... durante mi ausencia habrá reflexionado?...

HONORINA. Señora, como soy huérfana y sola, he recurrido á mis recuerdos para fortificar mi corazon.

MARQUESA. (*Con ironía.*) Al retrato de su madre de usted, que sin duda está en ese medallon!...

HONORINA. Sí; marquesa, le guardo en el seno, porque usted

le ha negado el puesto que le corresponde en esta galería...

MARQUESA. Como era hija de un mercader...

HONORINA. Sí; de un mercader que pagó las deudas de los Montalan, que los libró de la deshonra... que les concedió el esplendor que ahora poseen...

MARQUESA. Señorita!...

HONORINA. Yo, como soy nieta de aquel mercader, no quiero deshonrar vuestra galería histórica, y por lo tanto rehuso la mano de vuestro hijo.

MARQUESA. Comprendo! no está usted contenta con habernos desairado! se declara ademas nuestra enemiga!... Pues bien, ya estamos en guerra abierta!

HONORINA. Marquesa, no la provoco... pero quiero conservar mis derechos.

MARQUESA. Derechos... (*Acercándose.*) Desgraciada! sabe usted si tiene algunos?

HONORINA. Yo!

MARQUESA. Me ha obligado usted á que hable, y suya será la responsabilidad de mis revelaciones.

HONORINA. Señora, qué dice usted?

MARQUESA. Digo, señorita, que su posicion, sus riquezas, su nombre no le pertenecen.

HONORINA. Cómo?...

MARQUESA. Madame Sannois murió un año antes que usted naciese, y por consiguiente no es usted su hija...

HONORINA. Qué, se atreve usted á pronunciar... mi madre... mi madre... (*Mirando el retrato.*) Ah! eso es una infame calumnia...

MARQUESA. Tengo pruebas (*Mostrando un papel.*)

HONORINA. (*Acercándosele*) Déme usted, señora...

MARQUESA. Conoce usted esta letra? (*Enseñándole una carta.*)

HONORINA. Es de mi madre!...

MARQUESA. Lea usted.

HONORINA. Pero esta carta... de dónde viene?...

MARQUESA. Lea usted.

HONORINA. (*Alto, leyendo.*) « Amigo mio, me hallo aquí bien, y nuestra hija se ha mejorado mucho... venga usted, y guarde estremada discrecion... todo el mundo ignora la muerte de madame de Sannois, y tiene á Honorina por hija suya... (*Honorina se detiene, y la marquesa la insta para que continúe: obedece aquella, y sigue leyendo con apagadísima voz.*) La menor imprudencia puede comprometernos. Hortensia.»

MARQUESA. Creerá usted ahora?...

HONORINA. Madre mia... Oh!... esto no es posible... Habré leido mal?...

MARQUESA. La carta se ha encontrado entre los papeles del caballero Rivaud, con lo cual se esplica bien su amistad...

HONORINA. (*Echándose sobre un sofá.*) Dios mio!... Dios mio!...

MARQUESA. (*Con energía.*) No soy yo infame, por consiguiente, sino quien ha usurpado un nombre que no debe llevar... unos bienes que no son suyos!...

HONORINA. (*Suplicante.*) Marquesa, no lo dirá usted?...

MARQUESA. Usted, señorita, me ha obligado á ello... Para evitarlo queria confundir vuestros intereses con los de Arturo, hacer que fuese mi nuera la que no puede llamarse legítimamente sobrina mia. Usted ha decidido otra cosa!... Pues bien, haremos valer nuestros derechos!... Acaba de llegar mi abogado, le consultaré, llevará esta carta ante los tribunales, y reclamaré una herencia que le pertenece á mi hijo.

HONORINA. Ah! marquesa, no lo hará usted! se lo suplico por lo que mas quiera en el mundo! Dios mio! usted tiene un hijo, señora... pues póngale en mi situacion... de rodillas, pidiendo, no por él, no por sus bienes, sino por el honor de su madre...Ah! usted se conmueve, tendrá compasion de su pobre sobrina, y no revelará ese horrible secreto!

MARQUESA. Le he dado á usted la eleccion entre un escándalo y un matrimonio brillante... Usted ha preferido el escándalo... Todo ha concluido entre las dos. (*Se va hácia el fondo.*)

HONORINA. Señora! (*Deteniéndola, y de rodillas.*)

MARQUESA. Señorita, déjeme usted, el abogado me espera.

HONORINA. Marquesa... una palabra... si... acepto la mano de vuestro hijo.

MARQUESA. Cómo!

HONORINA. Es usted implacable... renuncio á todas mis afecciones, á la felicidad para siempre... (*Juntando las manos.*) Madre mia, he salvado vuestra honra... el cielo me dará ahora fuerzas...

MARQUESA. Consiente usted!... levántate Honorina, no tendrás por qué arrepentirte (*Tira del llamador de la campanilla.*) Debes decirlo así á tu primo.

HONORINA. Señora!...

MARQUESA. (*Un criado que aparece por el fondo.*) Llama á Arturo, á la Baronesa, á todos los convidados (*Váse el criado.*)

HONORINA. Concédame usted esta noche... al menos...

MARQUESA. Es inútil... todos los convidados son amigos, vecinos...

HONORINA. Marquesa, le pido...

ESCENA XIII.

DICHAS, ARTURO, LA BARONESA, (*despues*) JORGE Y LOS CONVIDADOS, (*luego*) SANTIAGO

MARQUESA. (*A Arturo.*) Vén, hijo mio... todo está arreglado, da las gracias á tu prima.

ARTURO. Es posible! Honorina! (*Toma la mano de Honorina y la besa, á tiempo que entra Jorge.*)

JORGE. (Dios mio!)

HONORINA. (*Retirando con viveza su mano.*) (El conde?...)

BARONESA. Marquesa, queria usted anunciarnos alguna agradable nueva?

MARQUESA. Vuestra indiscrecion nos ha puesto en la necesidad de...

BARONESA. (*Interrumpiéndola.*) Ya adivino!

MARQUESA. Sí: de anunciar el próximo enlace de mi hijo el heredero inmediato del marquesado de Montalan, con su prima la señorita Honorina de Sannois.

JORGE. (Cielos!)

HONORINA. (*Cayendo en un sofá.*) Ah!

JORGE. El matrimonio de la señorita de Sannois! he oido bien?...

ARTURO. Perfectamente, caballero.

JORGE. (*Acercándose á Honorina.*) Yo necesito que esta señorita tenga la bondad de repetírmelo.

MARQUESA. Cómo!

ARTURO. (*Adelantándose.*) Perdonad... usted, caballero, es sin duda algun pariente, algun amigo... si se dignase usted decirnos su nombre...

JORGE. Mi nombre!...

ARTURO. (*Con ironía.*) A no ser que tenga usted razones para callarlo.

JORGE. Soy el conde de Restoul.

HONORINA. (Dios mio!)

BARONESA. (*Admirada.*) El ilustre conde!...

MARQUESA. Restoul aquí!

ARTURO. Y no podriamos saber por qué nos honra el señor con-

de con tan inesperada visita? Sin duda ha visto á la señorita de Sannois en París?...

JORGE. Caballero, esa es la verdad... no debo ocultar por mas tiempo mis sentimientos, puesto que usted los ha adivinado; y esta confesion me dá derechos á una esplicacion...

ARTURO. Una esplicacion?...

JORGE. Hace muy pocos instantes que mis esperanzas no se hallaban perdidas...

MARQUESA. Conde...

JORGE. (*Interrumpiendo.*) Solo esta señorita debe decirme si me he equivocado.

ARTURO. Caballero!

JORGE. Sé que esta pregunta tiene mucho de estraordinaria; tal vez de aventurera; pero estoy pronto á responder de mis únicas acciones, y á sufrir las consecuencias de mi osadía... pido únicamente una respuesta.

MARQUESA. Supone usted, conde?...

JORGE. (*Interrumpiéndola.*) Me dirijo, marquesa, á la señorita de Sannois. (*Santiago aparece en una de las puertas de la izquierda.*) Es cierto que usted consiente en casarse con Arturo de Montalan?

SANTIAGO. (Qué dice?)

JORGE. En nombre del cielo... responda usted sinceramente y sin temor alguno.

HONORINA. (*Con voz apagada.*) Sí, es cierto.

SANTIAGO. (Dios mio!)

JORGE. Consiente usted libremente?

HONORINA. Libremente...

MARQUESA. Lo ha oido usted, caballero?

JORGE. Señora, demasiado bien por desgracia... Me he engañado... cruelmente en verdad, mil perdones, señora... á Dios.

HONORINA. Ah!... esto es demasiado. (*Cae desmayada; todos la rodean; se oye la redovva que tocan en el salon. Jorge sale por el fondo; Santiago le dice al pasar:*)

SANTIAGO. No desespere usted, señor conde... estoy yo aquí. Mañana le espero en la cabaña del guarda.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

El teatro representa el interior de una cabaña. Puerta en el fondo y á los costados. A la derecha una chimenea, sillas y mesa rústica. Sobre una mesa un tintero.

ESCENA I.

NARANJO. (*Entrando por la izquierda.*)

(*Desde la puerta.*) Aquí capitan!... nada, ni los perros me hacen caso desde que estoy enamorado. Ay Rosa, cómo me has puesto el magin! siempre buscando quimeras conmigo... Miste, ayer oí decir que se habia mojado la talega, porque le tenia mala voluntad, como si la buena voluntad fuese una manta que defendiese á las cosas de un chaparron... Desde hoy me declaro independiente, y no vuelvo al palacio, ni á la aldea... pues qué, un hombre como un toro ha de servir de zarandaja?...

ESCENA II.

ROSA, NARANJO.

ROSA. (*Dentro.*) Naranjo!
NARANJO. Quién me llama?
ROSA. Naranjo.
NARANJO. Es Rosa! me busca... pues me hago el sueco.
ROSA. (*Entrando.*) Naranjo... ola... y por qué no respondes?
NARANJO (*No la mira; se ha sentado en un banquillo junto á la chimenea, con los brazos cruzados y la cabeza baja.*) Quién me llama?... No tengo tiempo ahora... estoy ocupado...
ROSA. Cómo ocupado? por qué no has ido al palacio esta mañana?
NARANJO. Con el baile de anoche estarian todos cansados.

ROSA. Pues no, que han salido de caza... muy temprano.

NARANJO. Sí: por eso he visto muy de mañanita á un jóven que salia del palacio, y se internaba en el monte...

ROSA. Un jóven?

NARANJO. Embozado.

ROSA. Era él!

NARANJO. Quién?

ROSA. Qué te importa?... el forastero que llevó anoche al palacio el tio Santiago.

NARANJO. Y se ha marchado otra vez.

ROSA. Le han conocido.

NARANJO. Pues quién era?

ROSA. El conde de Restoul.

NARANJO. Un enemigo de los amos.

ROSA. Sí, y por eso...

NARANJO. Y dónde habrá ido?

ROSA. Quién sabe... estará en la alquería... en la aldea...

NARANJO. Se habrá largado.

ROSA. (*Con énfasis.*) No, tengo razones particulares para creer que está por estos alrededores.

NARANJO. Báh!

ROSA. Y quisiera saber...

NARANJO. Tú?... (*Mirándola.*)

ROSA. No: la señora marquesa... y por eso he venido á buscarte: como tú Naranjito eres tan dócil, y me quieres tanto...

NARANJO. Ya. (*Se vuelve.*)

ROSA. (*Acercándosele con mimo.*) Y yo tambien te quiero, ganso! sí, irás á la aldea para informarte si han visto al conde?

NARANJO. A la aldea... hé? no tengo tiempo...

ROSA. Vamos hombre... tú solo puedes hacerme este favor.

NARANJO. Y por eso me buscas!

ROSA. No: porque siempre haces lo que yo quiero... pobrecito Naranjo... Vamos, tontuelo, es verdad que lo harás? anda, palomito mio... (*Le dá con cariño en las mejillas.*)

NARANJO. Ah!... salada...

ROSA. Irás á la aldea, y antes al monte?

NARANJO. Sí, hechicera.

ROSA. Pues pásate tambien por el molino, y da la vuelta por las hazas.

NARANJO. Huy!

ROSA. Y toma en premio. (*Le dá una mano.*)

ESCENA III.

DICHOS, SANTIAGO.

SANTIAGO. Ola! no perdeis el tiempo.
ROSA. (*Retirando la mano.*) Ah! el tio Santiago.
SANTIAGO. Continuad la conversacion...
ROSA. Ya hemos concluido... le encargaba á Naranjo...
SANTIAGO. Y se cobraba adelantado el trabajo?
ROSA. (*A Naranjo.*) Aquí te espero.
SANTIAGO. (Qué es lo que dice! son las ocho; el conde va á venir, y con él Honorina; es preciso alejar á Rosa.)
NARANJO. Dónde está mi sombrero. (*Entra buscándole por la derecha.*)
ROSA. Pronto... (*A Santiago.*) Vá á informarse de dónde pára el señor conde de Restoul: le ha visto usted, tio Santiago?
SANTIAGO. Sí: le acabo de encontrar.
ROSA. Dónde?
SANTIAGO. En la otra parte del monte (*con misterio*) te espera: debes ir á buscarle.
ROSA. Junto al camino real?...
SANTIAGO. Quiere hablarte luego... luego...
ROSA. Dios mio!... y yo perdiendo el tiempo con este bestia de Naranjo...
NARANJO. (*Entrando.*) Voy... Rosa... voy...
ROSA. Es inútil, torpe... puedes quedarte...
NARANJO. Cómo!
ROSA. Quería saber si podria contar contigo, y nada mas... supuesto que te das importancia...
NARANJO. Importancia... yo!...
ROSA. Quédate aquí... que no me sirves para nada. (*Váse por el fondo corriendo.*)

ESCENA IV.

SANTIAGO, NARANJO.

NARANJO. Se ha ido!... Diga usted, tio Santiago, es esto razon.. no soy un imbécil en sufrir...
SANTIAGO. Cierto.
NARANJO. Pero qué ha pasado?... No; si es que se burla de mí...
SANTIAGO. Por no perder la costumbre.

NARANJO. Pues bien... me quedaré aqui... y no buscaré á ese caballerito... *(Se sienta resueltamente.)*

SANTIAGO. (Otro contratiempo!)

NARANJO. Hace poco... me ha pegado dos cachetes, tio Santiago, y me ha dicho palomito y todo... y ahora...

SANTIAGO. Tú tienes la culpa... la mancha de una mora con otra verde se quita.

NARANJO. Eso decia Jorge.

SANTIAGO. Si quieres que Rosa te adore, házle á otra la rueda.

NARANJO. *(Levantándose.)* Tiene usted razon: voy á idolatrar á otra... quiero ya á todas las mozas de la comarca... me convertiré en un mónstruo... por la Quiteria voy á empezar...

SANTIAGO. Ahora mismo la he visto en las hazas del lado abajo... véte hácia allá *(con intencion)* y procura que te divise Rosilla al pasar.

NARANJO. Allá voy.

ESCENA V.

SANTIAGO, *solo.*

Gracias á Dios que se fué... ya era tiempo... Aqui está el conde.

ESCENA VI.

JORGE, SANTIAGO.

JORGE. Te buscaba. Ayer en ocasion muy solemne me diste esta cita, y he querido cumplir contigo antes de abandonar estos lugares.

SANTIAGO. Se vá usted?

JORGE. Al punto.

SANTIAGO. Y asi olvida sus proyectos?... renuncia usted á la mano de la señorita Honorina?

JORGE. Yo renunciar!... no sabes que ayer anunciaron públicamente su matrimonio con Arturo de Montalan?... que ella misma declaró que consentia voluntariamente?...

SANTIAGO. Y usted ha cedido ante el primer obstáculo?... no ha defendido su felicidad?... le han puesto á las puertas del paraiso, y parte tranquilamente sin aventurar nada!

JORGE. Tranquilamente no! queria huir en el acto, y estoy aqui todavía! he intentado olvidar á la que me desairaba, y su imágen está clavada aqui! *(Señalando al pecho.)*

SANTIAGO. Señor!

JORGE. Por todas partes la veo: mi cabeza es un volcán, mi corazon late con violencia, la fiebre circula por mis venas, y parece que estoy loco!...

SANTIAGO. Bien, señor conde.

JORGE. Esta mañana queria ver á la señorita de Sannois, recordarle sus promesas, decirla que mi vida pendia de sus lábios... pero no tengo medios de llegar hasta ella.

SANTIAGO. Dentro de pocos minutos estará aquí.

JORGE. Qué dices!...

SANTIAGO. Usted sigue el buen camino, y le protejo.

JORGE. (*Meditabundo*) Oh!... no... me voy... no quiero esperarla.

SANTIAGO. Le aseguro á usted que cederá!

JORGE. Me engañas.

SANTIAGO. Le ama á usted.

JORGE. Es imposible!

SANTIAGO. Si yo le probase á usted que cuanto le digo es cierto, vacilaría?

JORGE. (*Con calor.*) Oh! entonces... todos los inconvenientes serian pequeños para mí... seguro del porvenir, aceptaria todas las condiciones, y soportaria con valor lo presente.

SANTIAGO. Pues bien... (*Mirando hácia el fondo.*) Pronto sabremos la verdad. Hácia aquí viene la señorita Honorina, y es menester que no le vea á usted.

JORGE. Qué vas á hacer?

SANTIAGO. Pronto... éntre usted por esa puerta. (*La de la derecha.*)

ESCENA VII.

DICHOS: HONORINA, JORGE, *al paño.*

HONORINA. Estás solo, Santiago?

SANTIAGO. Señorita, aguardando sus órdenes.

HONORINA. (*Cierra la puerta del fondo.*) Los cazadores siguen con ardor una liebre, y yo, seguida de un lacayo, me he separado de ellos para...

SANTIAGO. Acabo de hablar con el conde.

HONORINA. (*Con viveza.*) Le has visto?

SANTIAGO. Sí, señorita, queria darme una carta para usted.

HONORINA. Dónde está?

SANTIAGO. No he querido aceptar esta comision.

HONORINA. Ah!

SANTIAGO. He hecho bien?

HONORINA Oh!... si!... de qué serviria una carta mas?

SANTIAGO. Estaba desesperado, inspiraba compasion...

HONORINA. Dios mio!

SANTIAGO. He querido justificar á la señorita, diciéndole que usted amaba á su primo hacia tiempo...

HONORINA. Y por qué te has atrevido?...

SANTIAGO. Era preciso inventar algo para consolarle.

HONORINA. Y quién te ha encargado de hablar por mí al conde; para qué engañarle?

SANTIAGO. Yo!...

HONORINA. Habrá creido tus palabras, y me habrá acusado...

SANTIAGO. Perdone usted, solo me dijo que la señorita no oiria hablar mas de él.

HONORINA. Se ha marchado á París?

SANTIAGO. Y parte despues á la Argélia.

HONORINA. Gran Dios!

SANTIAGO. Allí se pelea bien, lo cual suele proporcionar distracciones, y batiéndose con ahinco, acaba uno por curarse radicalmente!...

HONORINA. Con la muerte!...

SANTIAGO. En ella pensaba el conde.

HONORINA. Y no le has detenido, Santiago!... tú que aparentas interesarte por mí!... tú le has dicho que deseaba yo un matrimonio, orígen de todas mis desgracias; tú le has engañado cruelmente, le has dejado partir... y ahora no puedo desengañarle!...

SANTIAGO. Como la señorita no le quiere...

HONORINA. Que no le amo! (*Se cubre los ojos con las manos violentamente afectada.*)

JORGE. Ah!

HONORINA. (*Viéndole.*) Cómo! (*Jorge se arrodilla animado por Santiago.*)

JORGE. Honorina!

HONORINA. El conde!

JORGE. Lo he oido todo!

HONORINA. Levántese usted... Jorge...

SANTIAGO. Es muy justo...

JORGE. Oh! no retractes las palabras que se han escapado de tus lábios...no destroces mis esperanzas...

HONORINA. Caballero, y si las esperanzas no pudiesen jamás realizarse?

JORGE. Cómo! ese matrimonio que tanto detestas?...

HONORINA. Es una necesidad, un deber... cumpliré la promesa que he dado... aunque me cueste la vida!...

JORGE. Pero quién te obliga?...

HONORINA. No me pregunte usted; nada puedo decir; es un secreto que no revelaré nunca. Ah! si me ama usted le suplico que nada averigüe, apelo á su generosidad.

SANTIAGO. (Qué habrá sucedido!)

ARTURO. (*Dentro.*) Debe estar en la cabaña del guarda.

JORGE. Oís?

SANTIAGO. Es la voz de Montalan.

HONORINA. Mi primo, ah! me anda buscando; si nos encuentra reunidos soy perdida!

SANTIAGO. (*Señalando la puerta de la izquierda.*) Por aquí.

JORGE. (*Cerrándola.*) Oh! ese malicioso de Naranjo está en ese vallado próximo!

ARTURO. (*Llamando en la puerta del fondo.*) Abrid.

SANTIAGO. (*A Jorge.*) Quédese V. aqui para entretenerle, mientras que yo guio á la señorita. (*Váse por la izquierda.*)

ARTURO. Albricias.

ESCENA VIII.

ARTURO, JORGE, *abriendo.*

ARTURO. Al fin, bárbaro... Perdonad, señor conde... (Aquí no está mi prima!) Buscaba al guarda.

JORGE. Hácia allí ha partido. (*Señalando la puerta derecha.*)

ARTURO. (*Examinando la estancia.*) Es raro, me parece que he oido mas de una voz! Señor conde, estaba usted solo?

JORGE. Usted lo vé, caballero.

ARTURO. Esta es la ocasion entonces de darnos mútuas esplicaciones...

JORGE. En efecto.

ARTURO. La especie de interrogatorio que usted dirijió á mi prima...

JORGE. Estará usted ofendido?

ARTURO. No!... lo arreglarian los padrinos: en semejantes casos los caballeros como nosotros no acostumbran mas que á tomarse el trabajo de matar á su contrario.

JORGE. Habia creido entender...

ARTURO. Al principio estuve por llevar al terreno el lance; pero

me he batido tantas veces sin motivo, que me pareció muy nuevo no hacerlo, mediando poderosas razones.

JORGE. Es verdad. (*Con intencion.*) Un duelo en vísperas de tan ventajoso matrimonio podia producir algunas dificultades...

ARTURO. Tiene usted mucho ingenio, carísimo conde.

JORGE. Quién sabe si encontrará algun obstáculo imprevisto tan bien proyectada boda.

ARTURO. Eso es una advertencia?

JORGE. El señor marqués lo sabrá. (*Saludando.*)

ARTURO. (*Contestando al saludo.*) (Qué intentará!)

ROSA. (*En el fondo.*) Es una perfidia lo que ha hecho usted conmigo.

ARTURO. (Rosa!)

ESCENA IX.

DICHOS: ROSA, SANTIAGO.

SANTIAGO. (*A Rosa.*) Escucha...

ROSA. No hay disculpa... Usted me dijo que el señor conde de Restoul estaba junto al camino real, y hace una hora que ando corriendo desatentada...

ARTURO. Buscabas al conde... aquí le tienes.

ROSA. Ah!... vé usted, tio Santiago?

SANTIAGO. Pero si te he dicho que entendiste mal.

ROSA. No: era para jugarme una mala pasada... por qué se ocultaba usted cuando salia ahora por ese lado con la señorita Honorina?

ARTURO. Mi prima!

SANTIAGO. Qué! nó... Vamos, tú no sabes lo que te dices.

ROSA. Sí señor... salia usted de la cabaña con mi señorita.

TODOS. Ah!

ARTURO. (Estaba aquí.)

ROSA. Y decirme que me esperaba en el bosque...

ARTURO. Te han enviado en busca del conde al bosque que está á orillas del camino real?

ROSA. Señor... era una broma del tio Santiago.

JORGE. Dios mio! sin duda has entendido mal.

ARTURO. Lo cree usted, señor conde? Pues me parece, por el contrario, que ustedes se han entendido perfectamente.

SANTIAGO. (*Bajo á Rosa.*) Picotera.

ROSA. He hecho mal?

ARTURO. (*A media voz, porque se ha acercado á Jorge.*)

Mientras que Rosa estaba lejos de aquí, puede usted haber haber hablado con la señorita Honorina de Sannois.

JORGE. Caballero!

ARTURO. Así se esplica la tardanza en abrirme esta puerta la manifiesta intencion de sus palabras. Pero entienda usted que nadie se ha burlado impúnemente de mí.

JORGE. Mas de una vez le he advertido que estoy á sus órdenes.

ARTURO. Pues bien: salvaremos las solemnidades de fórmula.

JORGE. Sea: dentro de una hora; en la orilla del estanque.

ARTURO. Estaré con mi padrino.

SANTIAGO. (*Que ha oido estas palabras.*) (Padrinos!)

ESCENA X.

SANTIAGO, ROSA.

SANTIAGO. Van á batirse.

ROSA. Batirse... y por qué?

SANTIAGO. Lo preguntas... despues de lo que acabas de hacer? No has visto la cólera del marqués?

ROSA. Cuando he dicho que habia yo ido al bosque?

SANTIAGO. Quiere vengarse de la preferencia que concedes al conde... y se vengará.

ROSA. Cómo! pero son rivales?

SANTIAGO. Pues no lo has visto?

ROSA. Rivales! Es posible! Con que me aman los dos!

SANTIAGO. Qué dices?

ROSA. Tambien el marqués! y yo no lo sabia!... Y es que en siendo muy coqueta acaba una por volverse tonta! Y por esto no se han enfadado. No es menester que se batan, tio Santiago; yo puedo querer á los dos: y luego el marqués donde pone el ojo pone la bala.

SANTIAGO. Tiene razon. Puede matar al conde, y le matará.

ROSA. Cómo es eso... matar á un conde que ha de ser mi esposo! no lo permitiré... Dios mio! antes me caso con los dos. Un medio, tio Santiago, diga usted.

SANTIAGO. Vé corriendo al castillo; avisa á todos.

ROSA. Voy á escape. (*Va á salir.*)

SANTIAGO. (*Deteniéndola.*) Lleva á la señorita Honorina esta carta. (*Se sienta á la mesa y escribe rápidamente pocas palabras.*) No te detengas.

ROSA. No faltaba mas.

ESCENA XI.

SANTIAGO.

Sí: ella vendrá, y se lo esplicaré todo; cuando sepa que la vida del conde peligra, no rehusará, porque le ama. Acaba de confesarlo en este lugar... aquí ha dicho que la boda con su primo le causaria la muerte. Ella morir... oh no!... no será mientras yo viva y tenga dos brazos para defenderla... (*Coge su sombrero.*) La cita es en el parterre del estanque grande; pues bien, allí iré yo... tendrán armas... llevaré las mias... (*Tomando su carabina.*) Este duelo no se verificará, y si ambos persisten en batirse, seremos tres. (*Va á salir por la izquierda.*)

ESCENA XII.

LA MARQUESA, ARTURO, LA BARONESA, SANTIAGO.

MARQUESA. Es preciso, Arturo, que me lo digas todo; Rosa me ha hablado de un duelo...

BARONESA. Acabo de ver pasar á Mr. de Merienne con sus pistolas.

ARTURO. No es nada; una equivocacion que desharé con cuatro palabras.

MARQUESA. Hijo mio!

ARTURO. Tengo la eleccion de armas.

BARONESA. Y es usted, á lo que dicen, gran tirador de todas ellas.

ARTURO. Tranquilícense ustedes; vuelvo dentro de pocos instantes. (*Santiago se interpone entre Arturo, que va á salir, y cierra la puerta del fondo.*)

SANTIAGO. La señora marquesa no se opone á este duelo?

ARTURO. Qué es esto? Quién se atreve?

SANTIAGO. Cuenta con la destreza de su hijo, tan funesta para otros?

ARTURO. Callarás?

SANTIAGO. Este es en verdad un medio muy honroso de asesinar á un rival.

ARTURO. (*Amenazando á Santiago con la fusta.*) Miserable!

BARONESA. (*Deteniéndole.*) Arturo! (*Le quita la fusta.*)

SANTIAGO. (*Monta la carabina.*) Déjele usted, señora... Cuan-

do uno de nosotros recibimos un latigazo, no pedimos esplicaciones... al que nos golpea le matamos...

MARQUESA. Ah!

BARONESA. Cómo!

SANTIAGO. (*Sereno.*) Devuelva usted la fusta al marques de Montalan... no se oponga.

ARTURO. Este viejo está borracho, ó tiene alguna apuesta!

SANTIAGO. Precisamente una apuesta... He apostado á que la señorita seria dichosa, á que tendria un marido que la quisiese por lo mucho que ella vale, y no por su dote... un marido que aceptase Honorina con placer!...

BARONESA. Ha elegido con entera libertad.

SANTIAGO. No, porque al consentir estaba trémula, pálida, y sus ojos inundados de lágrimas. No sé lo que habrán hecho para comprometerla... pero la revelaré graves misterios... y si es preciso que yo hable... hablaré.

ARTURO. Tú!

MARQUESA. Y qué puedes decirla?

SANTIAGO. (*En voz baja.*) Podré decirla que los que hasta ahora ha tenido por sus parientes no lo son; que no tienen derecho alguno sobre ella.

BARONESA Y ARTURO. Ah!

MARQUESA. Y cómo sabes?

SANTIAGO. Tambien de usted es conocido el secreto?

MARQUESA. Y tu protejida no lo ignora.

SANTIAGO. Quién! la señorita?

MARQUESA. Conoce la deshonra de su orígen.

SANTIAGO. La deshonra! quién le ha hablado de esto!...

MARQUESA. Yo, y le he mostrado una prueba... Una carta escrita por su madre, y hallada en casa de Mr Rivaud.

SANTIAGO. Ah! esta es la causa oculta de su obediencia! Estaban ustedes armados de esa carta, y con ella le han amenazado con la deshonra de su pobre madre! Calumniadores! Te reconozco, marquesa; eres digna hermana de Mr. de Sannois.

MARQUESA. Qué dice usted?

SANTIAGO. Lo que quieren hacer con la hija, lo hizo él antes con la madre... una víctima y una esclava! Cuando la guerra comenzó en la Vendée, la obligó á que la siguiese! á mezclarse con las bandas de los insurgentes, aunque su padre peleaba en las filas del pueblo. Felizmente las balas la respetaron, y cortaron el hilo de la vida de su cruel esposo.

ARTURO. Qué te atreves á decir?

SANTIAGO. Su muerte, porque así convenía á los realistas, se ocultó por largo tiempo, y corrió la voz de que el guerrillero ilustre habia pasado á Inglaterra.

MARQUESA. Su viuda quedó abandonada!

SANTIAGO. No... á su lado velaba uno que la habia amado sin decirla una sola palabra, que la defendió y partió con ella la pobreza.

ARTURO. Y ella acabó por interesarse?

SANTIAGO. Y se casó; la miseria los habia hecho iguales, y la desgracia los unió estrechamente.

MARQUESA. Se casó!

SANTIAGO. En Liverpool!

MARQUESA. Es imposible!

SANTIAGO. Este es el documento que lo acredita. (*Enseñando un papel.*)

MARQUESA. Y usted tiene!...

ARTURO. (*Leyendo.*) Mr. de Rivaud fue un testigo; pero, y el marido? su nombre?

MARQUESA. El soldado Richard.

ARTURO. Este soldado?

SANTIAGO. Fuí yo!

TODOS. Ah!

SANTIAGO. Yo, que no he querido sacrificar á la hija, ni hacerla sufrir la triste suerte de su madre. El segundo matrimonio de Hortensia de Sannois era ignorado; la época de la muerte del vizconde desconocida, y Honorina estaba reputada por todos como su hija.

MARQUESA. Y usted se ha aprovechado de este error.

SANTIAGO. Que solo á mí me perjudicaba. Sí, señora marquesa, he renunciado á mis derechos, á mis mas caras afecciones, por dar á mi hija un nombre conocido, una posicion en el mundo. Hace diez y ocho años que me contento con seguirla secretamente, con verla de lejos y velar á la puerta de su aposento como un perro fiel... Todo era por hacerla dichosa, y lo sufrirá contento! Pero si mis sacrificios son inútiles, si se contrarían sus inclinacioues, si se le separa de la persona á quien ama, recobro otra vez mis derechos, y reclamaré mi hija delante de todos vuestros huéspedes.

ARTURO. Qué dice?

MARQUESA. Se atreveria usted?

ARTURO. (*Con ironía.*) Ah! concibo bien el plan del soldado Richard; con su audacia quiere aterrarnos; pero se engaña, no cederé á Mr. Restoul la mano de Honorina.

SANTIAGO. Tambien se verá usted obligado á darme cuentas.

ARTURO. Usted sabe?...

SANTIAGO. (*Con viveza.*) Todo: ustedes han reclamado los bienes que la revolucion confiscó á Hortensia de Sannois, y Honorina es rica!... pero nada exigirá!... nada... si cede el marqués.

MARQUESA. Cómo?

SANTIAGO. Yo callaré para evitar todo escándalo.

TODOS. Ah!

SANTIAGO. Sí: continuaré haciendo lo que he hecho hasta aqui: cuando mi hija venga no temblará mi voz, ni mis ojos se inundarán en lágrimas. No, estrecharé sus manos entre las mias... y si es menester... moriré sin abrazarla... Qué mas pueden exijir de mí?... Pronuncien ustedes una palabra, y todo lo aceptaré, lo sufriré todo!

ARTURO. Es imposible!

SANTIAGO. (*Indignado.*) Pues bien, lo veremos!

HONORINA. Dónde? Dónde está?

MARQUESA. Honorina!

ESCENA XIII.

DICHOS Y HONORINA. *Corriendo por el fondo con una carta en la mano.*

HONORINA. Al fin te encuentro, buen Santiago.

MARQUESA. (*Con viveza.*) Qué quieres?

HONORINA. Me envia cabellos de mi madre, me ofrece revelarme grandes secretos en esta carta.

ARTURO. (Gran Dios!)

HONORINA. (*A Santiago.*) Cómo has adquirido esto? quién te lo ha remitido?

MARQUESA. Reflexiona!...

HONORINA. Quiero saberlo todo, señora. Nada me importa la nobleza de los blasones... si mi padre no fué Mr de Sannois... quiero saber quién fué. Dime, Santiago, su nombre...

SANTIAGO. (*Conmovido.*) Y aunque fuere quien fuere... no lo rechazaria usted?... le aceptaria... aunque fuese un desgraciado... un miserable?

HONORINA. Oh! con toda mi alma! No le abandonaria un instante; le consolaria, y hablando de mi madre, compartiriamos las penas, seria una amiga, y su hija en fin...

SANTIAGO. Su hija!...

MARQUESA (*Bajo á Arturo.*) Se declara! (*Hablando bajo con mucho acaloramiento.*)

HONORINA. Habla, Santiago, en nombre de todo lo que mas amas en el mundo, dime si soy huérfana... Buen Santiago, el nombre de mi padre... de rodillas te lo suplico...

SANTIAGO. Honorina... hija...

MARQUESA. (*Acercándose.*) Consentimos en todo.

HONORINA. Santiago: no te obligan mis ruegos, acaba.

SANTIAGO. Ese protector... vuestro padre, no puede defender á usted ya... ha muerto!...

TODOS. Ah!

HONORINA. Muerto!

SANTIAGO. Mas tiene otro protector la señorita, que no la dejará nunca, que la ama. (*Aparece Jorge.*)

HONORINA. Quién?

SANTIAGO. El conde de Restoul.

ESCENA XIV.

DICHOS, JORGE.

JORGE. (*Adelantándose con viveza.*) Yo!

HONORINA. Qué dices!

JORGE. Será posible?

SANTIAGO. Sí; señor conde, el marqués de Montalan ha comprendido que no debia oponerse á la voluntad de esta señorita, y cede: ya no es vuestro adversario.

JORGE. Tanta felicidad... (*Besando la mano á Honorina.*)

HONORINA (*Afectada.*) La debemos al buen Santiago.

JORGE. Pide cuanto quieras en recompensa de tu fidelidad.

HONORINA. Sí: cuanto yo pueda...

SANTIAGO. Señorita...

JORGE. No vaciles... habla.

SANTIAGO. (*A Honorina.*) Solo pido darle á usted un abrazo!

FIN DE LA COMEDIA.